



Balta Lelija

7 de mayo de 2019
Martes de la Tercera Semana de Pascua
“El hambre espiritual”

Jn 6,30-35

La gente dijo a Jesús: “¿Qué signo haces para que, al verlo, creamos en ti? ¿Qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: ‘Pan del cielo les dio a comer.’” Jesús les respondió: “En verdad, en verdad os digo que no fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.” Entonces le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan.” Les dijo Jesús: “Yo soy el pan de vida. El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá nunca sed.”

Para el hombre no es fácil entender que los bienes terrenales no son lo más importante; sino los bienes espirituales y, especialmente, Dios mismo. Los bienes terrenales están tan cerca, y complacen a nuestros sentidos; los bienes espirituales, en cambio, tocan las dimensiones más profundas de nuestra existencia humana y no nos resultan tan accesibles.

La gente quería un signo de Jesús, que les sirviera como prueba para creer en Él. Le recuerdan a Jesús que, en el desierto, el maná les había permitido palpar la presencia de Dios entre ellos.

En primer lugar, Jesús les enseña a interpretar de forma adecuada este signo en el desierto. Aunque tuvo a Moisés como mediador humano, fue Dios quien les dio el maná. Ésta es una importante aclaración del Señor, porque, ya que estamos inclinados a fijarnos especialmente en aquellas cosas que nos transmiten nuestros sentidos, fácilmente puede suceder que nos quedamos en el mediador, olvidando a Aquél que lo envió.

Pero es Dios quien da la vida al mundo, en todos los sentidos. Nuestra ceguera no nos permite percibir esta verdad, a pesar de que Dios lo penetra todo, aunque, claro está, generalmente no lo podemos notar a través de los sentidos. Aquello que resulta evidente para el creyente, permanece oculto para el no creyente. Y el creyente tal vez no siempre se da cuenta de que otras personas aún no conocen esta luz de la fe, de manera que aquello que él ve por fe, para el otro está oscuro.

¿Habrán entendido los oyentes aquellas palabras de Jesús, declarando que Él mismo es el pan de vida? ¿O fue para ellos solamente un enigma, una misteriosa afirmación que les resultaba incomprensible?

“Señor, danos siempre de ese pan” –le pidieron las personas a Jesús; y el Señor les responde ofreciéndose a Sí mismo, con esta maravillosa promesa: “El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá nunca sed.”

A nosotros, los cristianos, nos consta cuán ciertas son estas palabras, porque el que encuentra la fe y entra en una viva relación con Dios, sacia su más profunda hambre y sed de vida. Nosotros tenemos la dicha de alimentarnos de ambas mesas del Señor: la mesa de su Palabra viva y la mesa de la Eucaristía. En cuanto a la Palabra de Dios, los Padres hablan de que se la puede ‘rumiar’, es decir, masticarla una y otra vez, para que pueda penetrarnos cada vez más y satisfaga nuestra alma. Así, al servirnos de la mesa de la Palabra y del pan sagrado de la Eucaristía, quedamos saciados.

En nosotros, los hombres, está inscrita esta hambre de Dios, el anhelo de la verdadera vida. Pero existe el peligro de que el hombre no perciba esta hambre, cuando recibe tantas otras satisfacciones en la vida terrenal. Nuestra sociedad moderna nos ofrece tantos sustitutos, tantas aparentes satisfacciones, de manera que el hambre espiritual parece desaparecer. El Cardenal Sarah se lamenta, además, del “terror del ruido” en el mundo actual, por el cual el hombre ya casi no conoce el silencio, en el que se despierta más fácilmente el hambre espiritual.

Pero Dios también tiene sus formas de llegar a las personas de este tiempo, de encontrarlas y de ofrecerles la verdadera vida. Deberíamos pedirle a Él que nos muestre cuáles son los caminos para llegar a los corazones, y sentir cuando haya llegado el momento de transmitir Su Palabra. Por más importante que es el servicio a los pobres y el compartir con ellos los bienes terrenales, más importante aún es que reciban el pan que saciará su anhelo más profundo y pacificará la inquietud en el corazón del hombre. ¡Ese es el pan que realmente sacia!